

The Cost and the Value of Mercy

“Nowadays people know the price of everything and the value of nothing.” ~Oscar Wilde.

A high school student recently shared this quote. It has stuck with me. Wilde names something real in our culture: we focus much of our attention on what can be measured, quantified, and bought—but we often fail to grasp what is deeply meaningful in life.

This distortion easily finds its way into the message of Divine Mercy Sunday. In the early 20th century, Jesus revealed to St. Faustina Kowalska the depth of His love and mercy for sinners (that’s us) and His desire to pour out mercy upon the world. At a time marked by the growing darkness of war and suffering, Jesus spoke words that remain strikingly relevant: “Mankind will not have peace until it turns with trust to My mercy.” Jesus offered His mercy—a priceless gift—to all who would simply open their hearts to receive it.

Yet, in our fallen state, we often instinctively approach God as though forgiveness must be earned—we try to *pay the price* for mercy through enough effort, self-improvement, or suffering. When we fall short, we are tempted to withdraw from God, believing ourselves to have failed and, so, to be unworthy. But Divine Mercy is not a transaction; it is a gift. It cannot be purchased; it can only be received. The posture God asks of us is not payment, but trust.

Or, even when we acknowledge mercy, we often fixate on its *cost* rather than its *value*. The cost is real: the Cross of Jesus Christ. Mercy is not cheap; it was bought through the precious blood of Christ. Yet, while we know what it cost, we easily miss what it means, its value. Through the Cross, Christ does not merely cancel a debt; He draws us back into communion with the Father. Mercy is not simply about being spared punishment—it is about being brought home and living in a restored relationship with God.

Divine Mercy Sunday invites us to move beyond these transactional approaches to God’s forgiveness and love. We cannot earn it, nor can we simply fixate on its cost. We are called to receive mercy as a gift from our Father and to allow it to draw us back to Him. Only then do we see mercy’s real value.

- Fr. Clayton

El Costo y el Valor de la Misericordia

«Hoy en día la gente conoce el precio de todo y el valor de nada». ~Oscar Wilde.

Hace poco, un estudiante de secundaria compartió esta cita. Se me ha quedado grabada. Wilde pone el dedo en la llaga de nuestra cultura: centramos gran parte de nuestra atención en lo que se puede medir, cuantificar y comprar, pero a menudo no logramos captar lo que tiene un profundo significado en la vida.

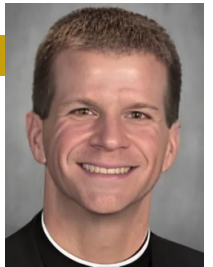
Esta distorsión se cuela fácilmente en el mensaje del Domingo de la Divina Misericordia. A principios del siglo XX, Jesús reveló a Santa Faustina Kowalska la profundidad de Su amor y misericordia por los pecadores (es decir, nosotros) y Su deseo de derramar misericordia sobre el mundo. En una época marcada por la creciente oscuridad de la guerra y el sufrimiento, Jesús pronunció palabras que siguen siendo sorprendentemente relevantes: «La humanidad no tendrá paz hasta que se vuelva con confianza a Mi misericordia». Jesús ofreció Su misericordia —un regalo invaluable— a todos los que simplemente abrieran sus corazones para recibirla.

Sin embargo, en nuestro estado caído, a menudo nos acercamos instintivamente a Dios como si el perdón debiera ganarse: intentamos *pagar el precio* de la misericordia mediante el esfuerzo suficiente, la superación personal o el sufrimiento. Cuando nos quedamos cortos, nos sentimos tentados a alejarnos de Dios, creyendo que hemos fallado y, por lo tanto, que no somos dignos. Pero la Divina Misericordia no es una transacción; es un regalo. No se puede comprar; solo se puede recibir. La actitud que Dios nos pide no es el pago, sino la confianza.

O, incluso cuando reconocemos la misericordia, a menudo nos fijamos en su *costo* en lugar de en su *valor*. El costo es real: la Cruz de Jesucristo. La misericordia no es barata; fue comprada con la preciosa sangre de Cristo. Sin embargo, aunque sabemos lo que costó, fácilmente pasamos por alto lo que significa, su valor. A través de la Cruz, Cristo no se limita a cancelar una deuda; nos lleva de vuelta a la comunión con el Padre. La misericordia no consiste simplemente en que se nos perdone el castigo, sino en que se nos traiga a casa y vivamos en una relación restaurada con Dios.

El Domingo de la Divina Misericordia nos invita a ir más allá de estos enfoques transaccionales del perdón y el amor de Dios. No podemos ganárnoslo, ni podemos simplemente fijarnos en su costo. Estamos llamados a recibir la misericordia como un regalo de nuestro Padre y a permitir que nos lleve de vuelta a Él. Solo entonces podemos ver el verdadero valor de la misericordia.

- P. David



READ &
SHARE